

CAPITULO X.

EN EL QUE EL AUTOR PONE MUCHO CUIDADO PARA QUE
NOSE LE ESCAPE NINGUNA PALABRA INCONVENIENTE.

EL ruido del coche despertó á Concha súbitamente. Iba á gritar, pero Arturo se lo impidió muy cariñosamente, y Concha no pudo decir "esta boca es mia," porque Arturo, que era muy solícito, se encargó de decirlo.

El coche siguió corriendo, y como no llevaba órden, el cochero procuró ganar tierra.

Cuando sonó la rodada sordamente, los pollos pudieron oírse los unos á los otros.

—¿Pero en dónde estamos? preguntó Concha.

—Por San Pablo, Conchita, dijo Pio Prieto.

—¿Quién viene aquí?

—Yo, contestó Soledad; ya me vine con usted como se lo ofrecí.

—¡Paremos! dijo Arturo con el aplomo de un general. Pio Prieto tiró del cordon del cochero con la solicitud de un ayudante de campo.

Pio Prieto estaba tocando el *sumun* de la dicha; aquel lance tenia para el pollo un carácter tan romanesco, que le ocurrió compararse con Ciutti el criado de D. Juan Tenorio.

Casualmente Arturo exclamó á la sazón:

—“Doña Inés del alma mia.”

—“¡Virgen santa, qué principi!” continuó Pio Prieto.

A Concha no le quedó mas recurso que compararse con doña Inés.

Soledad era la única que no sabia que podia ser Brígida, pero lo era.

El estupor habia pasado y comenzaron los comentarios sobre Don José y sobre el partido que debia tomarse.

En cuanto á Concha, tenemos el deber, en obsequio de la justicia, de revelar que insistió enérgicamente en ser trasladada de nuevo á su casa; que reprobó la conducta de Arturo; que tuvo arranques de desesperacion; y que por último, se entregó al llanto mas deshecho y al dolor mas sincero; todo lo cual no fué un obstáculo para que los pollos y Soledad instalaran á Concha en el cuarto de un hotel de tercer órden.

Pio Prieto se portó admirablemente, segun Arturo.

Entre las virtudes del pollo se enumera la de no ser

egoista: la tercería le encanta porque estimula su curiosidad, y lo torna en servicial, y lo infatúa esta complicidad, y el pollo en tales lances procura toser ronco y se pavonea.

Pio Prieto hubiera querido en aquella noche ayudar á robarse á todas las pollas de México.

Estaba contento de sí mismo y se soñaba hombron y calavera.

Soledad fué tambien muy útil, y aun logró ingerirse de una manera muy familiar en las discusiones.

Concha estaba en extremo violenta y se ocupaba en contradecir todos los planes de los pollos, en cuya controversia los sorprendió la aurora.

Hemos ofrecido al lector darle á conocer á Pio Prieto y vamos á cumplir nuestra palabra.

Pio Prieto nació en el Puente de Curtidores, de un hojalatero que se firmaba Pioquinto Prieto, y como no es privilegio exclusivo de las dinastías reales que el primogénito lleve el nombre paterno, la muger del hojalatero discurrió, á los cinco meses de casada, colocar su felicidad entre dos Pio-quintos, y Pioquinto se llamó el heredero de la hojalatería.

Pero como los nombres largos son un escollo oral, el niño perdió la mitad de su nombre en la escuela y siguió llamándose hasta hoy Pio á secas.

Apenas supo medio leer, medio escribir y medio contar, lo dedicó su padre á soldar tinas y calentaderas; ocu-

pacion honrosa y lucrativa, pero que no tardó en ser cargante para Pio.

Don Pioquinto, padre, hubo de emplear un dia sus ahorros en comprarle una levita á su hijo, sin adivinar siquiera que aquella prenda de ropa habia de ser, en la vida de Pio, su grito de Dolores.

La levita comenzó á ponerse en abierta pugna con el soldador y con el estaño.

Cada lunes hacia Pio un nuevo sacrificio al ceñirse su mandil de brin, y al recuerdo de sus conquistas del domingo en la tarde, Pio Prieto entraba en mudas confianzas con la hoja de lata, y se volvia mas meditabundo que trabajador.

El bueno de Don Pioquinto no se apercebió de aquel síntoma funesto, sino cuando ya la enfermedad de su hijo habia tomado creces.

¡Ah! si el hojalatero hubiera sabido hacer la defensa del mandil del artesano!

Pero la levita con voz autorizada por la sociedad, menospreciaba la dalmática del trabajo: las sugerencias del casimir seducian al pollo, que empezaba á avergonzarse de su oficio.

Pio, al abrigo de su levita, contrajo amistades de pollos ricos é incapaces de transijir con el mandil.

Este es uno de nuestros resabios de mas mal género y de los mas trascendentales.

Nuestra sociedad apenas empieza á transijir con los obreros. El trabajo, que es el precursor de la riqueza,

todavía no puede entre nosotros ser una aristocracia, y nuestra juventud huye de los talleres, presa aún de rancias preocupaciones.

El sentimiento de la dignidad personal y de la democracia está mal comprendido en este punto.

La envidiable posicion del artesano constructor, como apóstol del progreso material de un pueblo, como representante de la gloria artística, y por cuyos títulos adquiere la respetable posicion del ciudadano libre, se cambia diariamente entre nosotros por el miserable rincón de la nómina de una oficina ó por la mezquina condicion del dependiente.

La libertad del hombre no está suficientemente inculcada en nuestra juventud.

Muchos pollos, esclavos de un amo déspota, creen profesar principios liberales y se permiten declamar contra las viejas prácticas, contra las costumbres retrógradas y contra las tiranías.

Creen comprender la libertad y amar la independencia, y comienzan por ser impotentes para emanciparse á sí mismos, y viven bajo un yugo y tienen amo, y sirven y obedecen, sin aspirar á mandar y á hacerse obedecer.

Menosprecian el martillo del obrero, símbolo sagrado de la mas noble de las emancipaciones, y aceptan el papel de párias sociales, en cambio de poderse vestir con las plumas del pavo.

La juventud se refugia en las oficinas ó detras de los mostradores, y se encanija á la sombra de la molicie, se

llena de vicios ántes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneracion y de raquitismo.

Hay cien pollos cloróticos en cada calle, pequeñitos y enclenques, que no conservan ya ni los vestigios de los soldados de Cortés, ni la idea del vigor de los aztecas. La raza tropical languidece y degenera, ganando en vicios lo que pierde en desarrollo físico.

Pio Prieto siguió este torrente, y la primera vez que pidió un helado en Fulcheri pensó con tristeza en la hojalatería: se le figuraba que el mármol de las mesas, el tapiz aterciopelado de los asientos, los espejos y las lámparas de gas le reprendían por ser hojalatero: pensaba que si en un corro de sus nuevos amigos, pollos finos en su mayor parte, llegaba á saberse que Pio Prieto soldaba tinas y calentaderas, sufriria la mas pesada de las bromas y no sabria qué hacer.

Para evitar esto comenzó por negar á su familia, por ocultar la ubicacion de su casa, que se llamaba hojalatería, á fin de sostener una apariencia que lo nivelara con sus aguitos nuevos.

Pio Prieto no hubiera sabido hacer, no solo la defensa ni la apología del trabajo, pero ni aun se le hubiera ocurrido jamas conciliar la dignidad del hombre con el trabajo material; de manera que sus aspiraciones tomaban un tortuoso sendero, y su vida comenzaba por ser una contradiccion.

Pio Prieto, ademas de estas prendas morales, tenia la

desgracia de ser feo y trigüeño, y como señal característica poseía una mandíbula superior, superior á su labio respectivo, de manera que Pio Prieto exhibia grátis su encía descomunal en cada sonrisa.

Cuando Pio Prieto empezó á ser presumido, notó con sentimiento la incompatibilidad de su bello y lo irremediable de la constante exposicion de su dentadura.

En el cuadro sinóptico de la monografía de la boca, las de este género representan la desvergüenza, y Pio Prieto no era la excepcion de esta aseveracion fisionómica, á pesar de que si en su mano hubiera estado, hubiera de buen grado comprado labio y vendido encía.

Pio Prieto á los quince años logró (admirable prerogativa del ser que piensa) ser todo, menos hojalatero, y logró hacer de su vida un enigma, que es el estado natural de muchos Pios que conocemos.

Por medio de todas estas virtudes Arturo tuvo un cómplice á pedir de boca, y Pio Prieto, reo de un delito al que ciertas leyes aplicaron ha mucho tiempo el castigo infamante, se regocijaba por su conducta y estaba contento de sí mismo.

Ya hemos dicho que en el pollo la tercería es una de sus coniditas; ha oido hablar de que las Pandectas y las Partidas son vejestorias, y ni aun encuentra puntos de contacto entre su conducta y la de muchos sentenciados en la cárcel pública por el mismo delito, sin que esto tenga para el mismo Pio Prieto otra explicacion que ésta:

La levita.

Solucion que afirmó mas á Pio Prieto en la acertada resolucion de cambiar el mandil por esta prenda, mito moderno de las ciudades civilizadas.

¡Ay, mientras en la Avenida de los hombres ilustres y en la Avenida de los hombres ociosos, ó sea calle de Plateros, no véamos diariamente cruzar mil blusas en vez de cien levitas, mil obreros en vez de cien pollos, no tenemos esperanza de remedio!

Y cuando los niños de la clase media lo mismo que los del pueblo se inclinen al taller y no á las leyes, á la mecánica y no á la medicina, al martillo y no á la minuta; cuando el uso de los guantes de cabritilla tenga por objeto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del obrero, entónces será difícil comprar votos en las elecciones; entónces comenzarán á ser oscuros y miserables los empleados junto á los caballeros artesanos; entónces la república comenzará á tener por todas partes hijos dignos y ciudadanos libres, desprendidos de la teta patria, y que emancipados por el trabajo de la tutela gubernativa, y de la empleomanía como único recurso, sean los representantes legítimos de la democracia y los sinceros defensores de las instituciones libres.

Perdónenos el lector este arranque sério que se deslizó en la ensalada, y cambiemos de rumbo.

CAPÍTULO XI.

LOS POLLOS ANIDAN.



D ESPERTO Doña Lola.

No necesitamos encomiar aquí las virtudes del sueño, de ese reposo eminentemente reparador y confortable, y solo sí dirémos que Doña Lola se sintió mejor.

Don José de la Luz habia velado; de manera que fué el primer consuelo que se le ofreció á Doña Lola al despertar.

—¡Compadre! exclamó con voz débil.

Y la palabra salió de su boca articulada entre un suspiro y un bostezo, síntoma que Don José calificó de favorable.

En lo primero en que estuvieron de acuerdo los dos

compadres, fué en que debian desayunarse para proceder con acierto.

En seguida se entabló la discusion sobre el partido que debia tomarse en aquel grave asunto.

No faltó vecina que hiciera prodigios de mordacidad y de encono contra la prófuga: alguna ensayó su lengua; otra hizo revelaciones; otra dijo que ya lo sabia todo de antemano, merced á su policia y á su penetracion; y el asunto, mil veces comentado, fué el sabroso pasto de la vecindad erijida en gran jurado; pero aquel cuerpo colegiado discurria menos y hablaba mas, y estuvo á punto de parecerse á un congreso hasta en lo de aceptar la peor de las medidas propuestas: por fin se decidió que Don José de la Luz tomara el negocio por su cuenta y empezara por averiguar el paradero de los pollos.

Así lo hizo el bueno de Don José, y como habia sido en un tiempo juez de paz, discurrió que su primera providencia debia ser avisar á la policia.

Nadie conocia hasta entónces á Pio Prieto, ni á la policia pudo dar Don José señas del cómplice, pues Casimira no habia visto mas que dos bultos de varen y dos de hembra, que eran los cuatro personajes de la escena.

Pio Prieto no deseaba la terminacion de aquel asunto, ántes bien, hubiera querido prolongarlo indefinidamente, y cada nueva peripecia la acogia el pollo cómplice con entusiasmo.

Su primera diligencia fué buscar á un amiguito que tenia en el gobierno del Distrito, para averiguar por me-

dio de él si la policia iba á tomar cartas en el asunto, merced á alguna denuncia.

Tan acertado anduvo, que un cuarto de hora mas tarde que la policia, supo Pio que se pretendia seguir la pista á los raptos.

Arturo se vió obligado á recapacitar en situacion tan crítica, y mandó por un coche.

El grupo se dispersó. Arturo y Concha montaron en el coche; á Pio Prieto se le encargó de pormenores, yendo y viniendo, y á Soledad se la consignó á Catedral hasta nueva órden, porque segun Pio Prieto, en Catedral no podia inspirar sospechas, ni la policia tiene nada que ver con las devotas; de manera que la criada á poco rato estaba en un rincon cerca de un confesonario, bien arrebuja en su rebozo y como en espera de confesarse.

Antes de que la policia pusiese en ejercicio sus asechanzas, y de que Don José de la Luz, erijido tambien en policia particular, pudiese haber hecho nada razonable, Arturo habia logrado atrapar á Don José, ni mas ni menos que si se hubieran cambiado los papeles.

Razones, y de peso, emplearia Arturo, supuesto que el bueno de Don José no tuvo dificultad en ablandarse y comenzó á oir al seductor, aunque con sorpresa, no por eso con menos benevolencia.

Convino Don José en que la justicia se inclina al lado del pudiente.

Convino en que Concha, si no se habia de casar bien, que al menos no se perdiera mal.

Convino también en que para Doña Lola y para él, era mejor quitarse de una vez de quebraderos de cabeza.

Y por último, Don José se comprometió primero á retirar su denuncia á la policía, y en seguida á persuadir á Doña Lola de que este es el mundo.

Terminada la conferencia, Soledad pudo salir de Cathedral y Pio Prieto obrar en mas amplia escala.

—Chico, le dijo Arturo á Pio; ¿qué hacemos con Pedrito?

—Pedrito es buen chico.

—Pero necesitamos ganarlo.

—No puede hacer nada.

—Pero siempre es bueno estar bien con todos.

—Bueno.

—Vamos por él á la oficina.

—Y lo *entrompetamos*.

Caló de Pio Prieto con que significaba que lo emboracharian.

—Eso es.

—Cuando él está *jalado* (sinónimo peculiar de Pio) se presta á todo.

—Magnífico! Busquemos un carruaje.

A Arturo lo conocian muchos cocheros.

Los pollos llegaron á Palacio en coche: Pio Prieto fué á sacar á Pedrito, y los tres se dirijieron en seguida al Tívoli del Eliseo.

Era hora de almorzar.

Quando los pollos hubieron engullido trufas y ostiones

y ya les reventaba el buche á tanta vianda y libacion, creyó Arturo llegado el momento de aclarar su parentesco con Pedrito y exclamó de repente:

—Somos cuñados.

—Hombre! dijo Pedrito.

—Te lo digo porque tú eres hombre ilustrado y suficientemente experimentado, para abjurar errores y preocupaciones. Ya en México está muy admitida la costumbre de la union libre, como se practica en Francia y en otras naciones cultas.

—Y esto tiene la ventaja, agregó Pio Prieto, de que las cosas tienen remedio, pues á la hora que uno de los dos se cansa.....

—Y que ya sabes, Pedrito, mi aversion al matrimonio; yo no soy para casado en regla; yo, chico, soy liberal, pues, soy así..... despreocupado; ya me conoces.

—Lo mismo que yo, dijo Pedrito.

—Y lo mismo que yo, agregó Pio Prieto.

La mancha mas fea para los pollos en aquel momento habiera sido la de parecer preocupados; de manera que el grave asunto del matrimonio y de la suerte de Concha se trató allí sin ceremonia y sin cortapisas.

—A tu salud, hermano.

—A la tuya.

—A la de los recién casados, gritó Pio Prieto abriendo su desmesurada boca y riendo como un carretonero.

—Ahora es necesario portarse bien, agregó Arturo. Voy á ver un judío para que me descuente la segunda

libranza de mi padre para estar en aptitud de todo. Mame Celina va á alegrarse de esto porque le voy á mandar hacer unos trajes á Concha, que ya verán ustedes. ¿Le debes mucho á tu sastre, Pedrito?

—Doscientos pesos.

—No te apures, yo pago.

—¡Quién fuera tu cuñado, chico! los que tienen hermana; ¡peruno!.....

—Ya te llegará tu turno: dñle á Salin que te haga un traje.

—Dame una tarjeta.

—Tómala.

Arturo le dió una tarjeta en la que escribió algunas líneas.

Pio Prieto concentró toda la expresion de su reconocimiento en esta frase:

—¡Qué templado eres!

Y llenó, no la copa propia, sino un vaso de un litro con vino de Champagne.

—A tu salud, chico, dijo, y bebió el vino á tragos gordos: al acabar dió un fuerte golpe con el asiento del vaso sobre la mesa y se limpió la boca con la mano.

—Este se pone unas monas del demonio, dijo Pedrito muy alegre.

—Pues cuidado, porque te necesito, dijo Arturo.

—No tengas miedo, que aquí hay canilla, ¡canastos!

Los tres pollos entraron al coche, que paró en una mueblería de la calle de Donceles.

—Mr. Moncalian, dijo Arturo saltando del estribo.

—Mr. Arturo, le contestó Moncalian.

—Necesito un menaje completo y pronto.

—Lo que usted guste.

—¿A ver las camas?

—Tengo unas inglesas que acaban de llegar, (hacia dos años.)

—Ésta.

Moncalian tomó una pizarra y apuntó: "Cama inglesa."

—¿Y este ajuar?

—Es frances, nada de jalocote, rosa legítima; llevó uno igual el señor Pimentel.

—Este, dijo Arturo. Tocador.

—¿Con mármol?

—Sí, hombre, ¿quién usa tocador sin mármol?

—Se echa á perder con la humedad, dijo Pio Prieto, para dar su opinion como si tuviera mucha experiencia en materia de mármoles.

—Este, dijo Arturo.

Moncalian seguía apuntando y en seguida preguntó:

—¿Adonde?

—Aquí está esta tarjeta, el portero se llama Vicente, la casa está vacia hace ocho dias.

—Está muy bien, Mr. Arturo, ¿qué otra cosa?

—Alfombra, escupideras, lámparas, candeleros, en fin, usted me pone la casa.

—¿Se va usted á casar?

—Sí; pero no lo diga usted.

Moncalian se sonrió y apuntó en la pizarra.

—Aquel ropero, agregó Arturo.

—¡Qué lindo es! dijo Pio Prieto, ¿cuanto vale, Mr. Moncalian?

—Ciento setenta.

—No es caro, dijo con aplomo Pio Prieto.

Esta frase valia cincuenta pesos.

Los pollos volvieron al coche.

Dos horas despues Arturo se separó de Pio y de Pedrito y volvió al lado de Concha.

Pedrito volvió á la oficina, y á pesar de su sana filosofia echó á perder tres copias.

Pio Prieto se presentó en la sastrería de Salin, y como Arturo le habia dado dinero para los gastos de *aquel negocio*, Pio compró un puro de á dos reales para echar bocanadas de humo aromático al sastré.

Esto le pareció á Pio muy natural, y aún creyó que estaba representando muy bien su papel de señor.

Entre tanto, la moral de Arturo iba ganando prosélitos al grado de acallar los aullidos de D^a Lola.

Don José de la Luz estuvo elocuente, y á D^a Lola la iban haciendo mas y mas impresion los contundentes argumentos de su compadre.

Por desgracia, esto que pasaba con D^a Lola se repite con una frecuencia lamentable en Mexico, y si señalamos esta llaga social es para anatematizarla.

Si buscamos el origen de estos hechos nos persuadiremos que este no es otro que el amor al lujo, esa aspiracion

constante de todas las clases de nuestra sociedad, excepto la ínfima, de llegar á una posicion superior; pero no á costa del trabajo ni por medio de los recursos legales, sino arrojando con todo miramiento y consideracion.

Pedrito haciendo su papel en el mundo elegante á costa de constituirse en un ser inútil y ocioso, cuyo porvenir estaba ligado el prorrateo, era una víctima de esa pasion.

Concha aspirando al lujo, por imitar á sus amiguitas, se habia apoyado en el pasamano de Arturo para subir en la escalera social, y no estaba haciendo otra cosa que preparar su caída al abismo de la prostitucion.

Pio Prieto abandonando el patrimonio santo del trabajo, se escondia dentro de una levita de Salin para ser la larva del ladron.

Arturo parodiando las costumbres relajadas de las grandes ciudades, compraba con sus prendas fisicas y con su patrimonio monetario la infamia y la desgracia de una jóven pura.

La misma Doña Lola cerraba sus ojos de madre al resplandor que la cegaba, y

—Con tal que sea feliz y tenga lo necesario, exclamaba, que hemos de hacer..... tantas vemos que son dichas, porque habiendo con qué.....

—Vaya, Doña Lola, contestaba Don José, eso es muy corriente; si viera usted en mi familia..... y tantos que hacen lo mismo. En realidad los señores padres son los únicos que lo llevan á mal.

—Es cierto, compadre, todo muy cierto.

Y todos, todos adoradores del becerro de oro rompian abiertamente con las sábias prescripciones de la moral y minaban por su base la institucion de la familia, y se-
caban con su sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que á estos pollos toca propagar mañana: estos pollos serán los padres de familia y los que preceden á una generacion cuyo porvenir nos horroriza.

CAPÍTULO XII.

ENTRADA DE CONCHA EN EL GRAN MUNDO.

CA casa de Concha no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha al hablar de su casa decia:

—No hay ojos con que verla.

Arturo fué mas previsivo de lo que se puede pedir á un pollo.

Lo decimos, porque despues de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de esta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir á Concha en los cien mil detalles que tiene obligacion de consultar una muger á la moda.